



**Manuel José Quintana**

## **El duque de Viseo**

### PERSONAS

ENRIQUE, usurpador de Viseo.  
EDUARDO, hermano suyo y duque legítimo.  
VIOLANTE, hija de Eduardo, con el nombre de MATILDE.  
EL CONDE DE OREN.  
ATAIDE, alcaide.  
ASÁN, esclavo negro.  
ALÍ, esclavo negro.  
GUARDIAS DE ENRIQUE.  
SOLDADOS DE OREN.

La escena pasa en Portugal, en una fortaleza del duque de Viseo.

Acto primero.

Escena I

MATILDE estará sentada en ademán afligido; ATAIDE en pie algo separado de ella, observándola.

ATAIDE. ¿Siempre llorando? La mortal tristeza,  
El amargo cuidado que en vos miro  
Desde que a esta mansión os condujeron,  
¿No darán al consuelo algún camino?  
¿Ni este respeto universal que os sigue,  
Ni el obsequio del Duque y los cariños,  
Ni las galas, la pompa y las riquezas  
Que halagan vuestros ojos de continuo,  
Os pueden distraer?

MATILDE. ¿Pensáis, Ataide,  
Que puede acaso al sentimiento mío  
Escondarse esta triste servidumbre  
Entre un vano oropel que yo no admiro?  
Ocho veces el sol ha iluminado  
Las formidables torres del castillo,  
Desde que en él, sin el amor de un padre  
Y sin mi libertad, llorando vivo.

¿Qué intenta el Duque? ¡Oh Dios!

ATAIDE.

Más bien

señora

Que súbdita aquí os veis: sus beneficios...

MATILDE. El bien que hace la fuerza es una injuria:

Cargáronme de joyas y atavíos,  
Y me privaron de la paz dichosa  
Que yo gozaba en mi inocente asilo.  
¿Qué sirvió resistir? El Duque airado  
Dijo: «Yo así lo mando;» y fue preciso  
Humillarse y ceder. Yo conducida  
Por esos negros fui, dignos ministros  
De tal violencia, en tanto que a mi padre  
Hablaban el Duque... Ataide, si el gemido  
De una mísera víctima os condele,  
¿Qué es, decid, de su suerte? ¿En este sitio  
Quién la entrada le niega? ¿Quién estorba  
Que yo vierta en su seno mis suspiros?

ATAIDE. En salvo está, aunque ausente: consolaos,  
Y por él no temáis.

MATILDE. No siempre han sido  
Tan injustos los dueños de Viseo;  
Y si el noble Eduardo fuera vivo,  
No aquí se viera la infeliz Matilde  
Su afán al cielo denunciando a gritos.  
Aquel sí que era grande y virtuoso.  
¡Cuántas veces mi padre su benigno  
Carácter me pintaba y sus virtudes,  
Dignas de mejor suerte! Yo en oírlo  
Lloraba de placer. ¡Cuántas decía  
Que en su fiel corazón cual tiernos hijos  
Amaba a sus vasallos! Él es muerto,  
El fiero Enrique manda; ¡y yo he nacido

En tiempo tan fatal!

ATAIDE. Bella Matilde,

Esos nobles afectos son bien dignos  
De la augusta memoria de Eduardo.  
Cuando sepáis... Enrique al conduciros  
A este palacio os rinde el homenaje  
Que mandan la virtud y el atractivo,  
Siempre afable con vos, siempre halagüeño...

MATILDE. ¿Puedo yo comprender lo que es conmigo?

Tímido a veces, vergonzoso y triste,  
Clavando en mí sus ojos doloridos,  
Tiembla y suspira, y por hablar anhela,  
Y la palabra entre sus labios fríos  
Helada espira; a veces obsequioso,  
Con rostro alegre y ademán festivo  
Elogios prodigándome y halagos,  
Quiere que mi dolor dé yo al olvido.  
Otras, en fin, cuando a saber mi suerte  
Me presento a su vista de improviso,  
Se estremece aterrado, y me despide,  
De un horror tan funesto poseído,  
Que se extiende hasta mí, y huyo al instante  
Sin poderme valer.

ATAIDE. Yo no me admiro  
Que aún no entendáis la desigual porfía  
Que esconde en su interior. Mas si de un vivo,  
Si de un vehemente amor...

MATILDE.. Esto faltaba

Que a herir mi corazón y mis oídos  
Viniesen esas voces de ignominia,  
Y viniesen de vos. ¡Ah! yo os he visto  
Tal vez a mi desgracia y a mis penas  
Mostrar semblante tierno y compasivo;  
Pero erré, ya lo advierto; y la inclemencia  
De mi cruel estrella me ha traído  
A morar entre fieras, donde nunca  
La piedad y el honor hallan abrigo. (Vase.)

Escena II.

ATAIDE. ¡Fiereza hermosa! ¡Oh cuál se muestra en ella  
Su generosa cuna! En vano ha sido  
Temer yo que el poder y la opulencia  
Hallasen a sus ojos atractivo.  
Ya en fin es tiempo de acabar mi obra,  
Y el velo que cubrió tantos delitos  
Se rompa de una vez.

Escena III.

ENRIQUE, ATAIDE.

ENRIQUE. Detente, Ataide,  
Y escucha a tu señor: es ya preciso  
De una vez explicarse y que se acabe



Ahora me tiende su amigable mano,  
Y me va a libertar del precipicio.  
ATAIDE. ¡El amor! Perdonad: yo imaginaba  
Que eternamente en vuestro pecho escrito  
El nombre de Teodora viviría,  
A pesar de los tiempos y el olvido.  
Su amor por Eduardo, su himeneo,  
A vuestro negro afán dieron principio  
Y a los atroces celos que afilaron  
Para su muerte el vengador cuchillo.  
Murieron; desde entonces vuestros días  
De amargura y dolor fueron vestidos,  
Y pronunciar el nombre de Teodora  
Se os oye siempre en lastimoso grito.  
ENRIQUE. ¡Ah! yo adoro a Teodora más que nunca:  
¡Olvidarla! jamás; pero el destino  
Vida la vuelve a dar, y ella renace  
A atormentar de nuevo mis sentidos.  
¿Respirar no la miras en Matilde?  
La misma gentileza, el mismo brío;  
Suyas son sus bellísimas facciones,  
Suyo en los ojos el ardor divino.  
ATAIDE. Mas ¿qué vana ilusión os arrebató?  
Volved en vos, señor; ese prestigio  
Dilatará vuestra profunda herida,  
En vez de darla, cual pensáis, alivio.  
Otras sendas buscad, que distraeros  
Podrán; volved al bélico ejercicio,  
Que en el ardor de vuestra edad primera  
Toda su gloria y sus delicias hizo.  
La guerra con Castilla se prepara;  
El Rey gustoso os llevará consigo,  
Y Marte ahuyentará vuestros pesares  
Mejor que un amoroso desvarío.  
¿El nombre del amor no os amedrenta?  
¿No llega a estremeceros el peligro  
De dar los labios a la copa en donde  
Sólo hiel y dolor habéis bebido?  
Sacudid la ilusión que va a perderos.  
ENRIQUE. No es ilusión, Ataide: por mí mismo  
Muerte me viste dar a la que amaba;  
Y agitado sin fin y consumido  
En imposible abrasador deseo,  
¿Qué tormento jamás se igualó al mío?  
Desde el momento aquel beldad ninguna  
Mis ojos aduló con su atractivo,  
Ni voz ninguna en agradables ecos  
Resonó dulcemente en mis oídos.  
La rabia sola de mi inútil crimen  
Halló en mi pecho su funesto abrigo





Si fuese dable acrecentar el mío.  
¡Faltarle yo! Jamás: el alto cielo  
De las tiernas palabras fue testigo  
Con que juré ser suya; y sabe el cielo  
Cómo mi corazón ansia cumplirlo.  
ENRIQUE. ¡Oh mujer temeraria! No prosigas.  
MATILDE. Excusadme, señor; yo me retiro.  
Permitidme...  
ENRIQUE. Detente... Yo te amo;  
¿Lo sabes?  
MATILDE. ¿Vos, señor?  
ENRIQUE. El pecho mío  
Es un volcán furioso que va a ahogarme  
Si temprarle en tus brazos no consigo:  
No pretendas huir, es imposible.  
Escúchame: mi mano, el poderío  
Con que me ves lucir, todo es ya tuyo,  
No lo desdeñes: si ultrajar me miro  
Con tal desprecio, la violencia entonces...  
MATILDE. ¡La violencia! Ese oprobio es tan indigno  
De vos.  
ENRIQUE. Piénsalo bien; piensa, Matilde,  
Que estás en mi poder.  
MATILDE. Sí, y eso mismo  
Es lo que al cabo a defenderme basta.  
Vos sois noble, señor; vos de mi asilo  
A este opulento alcázar me trajisteis;  
Y si en él un perverso, un foragido  
Amagase mi honor, ¿quién me escudara,  
Sino vos sólo, en tan fatal conflicto?  
Dadme pues contra vos seguro amparo.  
Yo arrodillada a vuestros pies le pido,  
Y en mi llanto bañándolos, imploro  
La piedad que se debe al desvalido.  
Respetad mi inocencia, y no en un punto  
A los ojos del mundo y a los míos,  
Y a los vuestros también, objeto sea  
De ignominia y baldón.  
ENRIQUE. (Ap. A su atractivo  
Mi furor se desarma.) Oye, Matilde  
La ansiosa agitación en que te miro  
Disculpe tu osadía; mas es fuerza  
Sacudir de su pecho aque-se indigno  
Amor, que de ti misma y de tu amante  
Va a ser la perdición si preferido  
Es por más tiempo a las finezas mías.  
Yo, que soy tu señor, a ti me rindo,  
Y a tu belleza y gracias inocentes  
Mi nobleza y mi gloria sacrífico.  
Decídetes en el término de un día,





Perdóname otra vez: harto he sufrido  
 En escuchar mis ponzoñosos celos,  
 En sospechar que la ambición pudiera  
 Lanzar a amor de tu inocente pecho.  
 La entrada a este castillo me abre el oro,  
 Y yo por él frenético corriendo,  
 Te encuentro al fin, y a tu presencia olvido  
 Mi mortífera duda y mis tormentos.  
 MATILDE. ¿Y añadiste, cruel, esa sospecha,  
 Indigna tanto de los dos, al trueno  
 Que repentinamente en nuestro daño  
 Lanzó irritado el enemigo cielo?  
 Tú quizá en tu furor me maldecías,  
 Y yo, postrada ante el tirano fiero,  
 Despreciando su orgullo y su opulencia,  
 Juraba a voces tu cariño eterno.  
 Pero tú no lo dudas... ¡Ay Leonardo!  
 Sálvate por piedad; tu fin es cierto  
 Si te halla el Duque; a mi dolor no añadas  
 El dolor de mirarte en tanto riesgo,  
 Y aún tu muerte quizá. ¡Si tú supieras  
 A qué aspira el tirano en sus deseos!  
 Mas no receles; sin tu amor ¿qué valen  
 Su pompa toda y su insolente imperio?  
 OREN. ¡Con que usurparme el bárbaro pretende  
 Tu corazón!  
 MATILDE. ¿Qué importa? Atiende: el tiempo  
 Corre, y con él acaso la esperanza  
 De poderte librar. Huye. si el cielo  
 Alas con que seguirte a mí me diera,  
 ¡Oh cuál tendiera fugitiva el vuelo  
 Lejos de esta prisión triste y horrenda!  
 Mas no es posible huir, ni hay otro medio  
 Que resistir, sufrir, y si la muerte  
 Llega, morir.  
 OREN. No al congojoso miedo  
 Te abandones así; pronto, no dudes,  
 Te verás salva de él.  
 MATILDE. ¿Cómo a su inmenso  
 Poder contrarestar? Tú ya te olvidas  
 De la distancia que fortuna ha puesto  
 Entre tu humilde condición, Leonardo,  
 Y el tirano que atroz manda en Viseo.  
 OREN. No hay tanta. no.  
 Escena VIII.  
 ENRIQUE, ATAIDE, ASÁN, ALÍ, GUARDIAS. - Dichos.  
 ATAIDE. Aquél es; vos de su labio  
 Os podéis cerciorar.  
 MATILDE. ¡Oh Dios eterno!  
 Él es, él es: ¡ay tristes de nosotros!



OREN. Perdonas; te engañé, yo lo confieso:  
Quise deber tu amor a mi amor sólo,  
No a la opulencia ni al poder ni al miedo.  
ENRIQUE. Pues bien, ni tu poder ni tu opulencia,  
Ni el amor que te trajo aquí encubierto,  
Ni el amor que te tienen y es tu gloria,  
Te librarán de mi rencor violento.  
Ataide, que a una torre del castillo  
Sea prontamente arrebatado; y preso  
De Oren el conde, se acostumbre en ella  
A respetar al duque de Viseo.  
(ATAIDE y una parte de los guardias rodean a OREN.)  
ORES. ¡Infame! En insultarme, en oprimirme,  
Cuando me ves sin armas indefenso,  
La ley de los cobardes has seguido,  
No la preza ni el honor de caballero.  
Si digno fueras de tu noble sangre,  
Si digno de tu nombre, en campo abierto  
La dama a tu rival disputarías,  
Blandiendo airado el generoso acero.  
¿Escuchas al valor? Más los crueles  
Siempre cobardes y menguados fueron:  
Responde; tu igual soy.  
ENRIQUE. Tu fin entonces,  
Sin ser por el combate menos cierto,  
Más bello y más espléndido sería.  
Tú has entrado en mi alcázar encubierto  
Y a fuer de un miserable disfrazado  
Yo no conozco así los caballeros.  
Muere pues como un vil oscuramente.-  
Llévadle.  
(ATAIDE y los guardias salen con OREN.)  
MATILDE. A mí con él, ministros fieros,  
Sacrificad también; vedme aquí pronta.  
ENRIQUE. Separadlos. -Asán, llévala lejos  
De mí, donde la ingrata se decida  
Entre su elevación o su escarmiento.  
(ASÁN y ALÍ se llevan a MATILDE por un lado, y ENRIQUE y el resto de  
los guardias se van por el otro.)

Acto segundo.

Este acto pasa de noche: la escena estará alumbrada con una sola  
hacha que habrá a un lado del teatro.

Escena I

MATILDE. Todo reposa. ¡Oh Dios! ¿cómo es posible

Que estos perversos con descanso duerman  
Y que sólo el silencio se interrumpa  
Por el triste gemir de la inocencia?  
Mi dulce amante y yo velamos solos;  
Y nuestras quejas lúgubres se estrellan  
De este albergue funesto en las murallas,  
Cuando a encontrarse desaladas vuelan.  
En otro tiempo, al envolver la noche  
Al fatigado mundo en sus tinieblas  
Para darle descanso, yo solía,  
Yéndome a adormecer, decir contenta  
«Feliz hoy fuiste y lo serás mañana;»  
Y el sueño luego en mi apacible idea  
Los objetos queridos de mi pecho  
Pintaba en sus imágenes risueñas.  
¡Qué diferencia! El venidero día  
Aún será más cruel... Pero ¿quién llega?

Escena II.

MATILDE, OREN, ATAIDE; UN SOLDADO detrás de ellos, que se quedará

en

el fondo del teatro.

MATILDE. Tres son. ¿Quiénes serán? Los ojos míos  
En tan escasa claridad no aciertan  
A distinguir. ¡Mísera! ¿Qué horrores  
Se irán a preparar?

OREN. ¿Dónde me llevas?

Dónde estoy?

ATAIDE. No tembléis.

OREN. ¿Pecho cobarde

Me juzgas por ti mismo? Oren no tiembla.

¿Qué manda tu señor? ¿Su alevosía

Va a verse con mi sangre satisfecha?

ATAIDE. Nada ha resuelto aún; de sus furores

La dura agitación ha dado treguas

Por un momento al sueño, y él reposa.

OREN. ¿Y Matilde?

MATILDE. Hela aquí que a tu presencia

Se siente revivir; que afortunada

De perecer contigo se contempla,

Si vas a perecer. ¡Oh amigo mío!

No nos separarán, no habrá violencia

Que baste a tal rigor.

ATAIDE. En este punto

Vais, señor, a ser libre; pero es fuerza

Que salgáis de este alcázar peligroso

Sin vuestra amante.

MATILDE. ¡Bárbaro!

ATAIDE. Lo ordena

La suerte así.

OREN. Mi bien, ¿cómo podremos



K III.

MATILDE, ATAIDE.

MATILDE. Ya está libre.

¿Por qué no lo estoy yo? Por qué esta negra

Cárcel escucha los suspiros míos,

Cuando a su lado respirar debiera?

ATAIDE. Libre os veréis también, pero es preciso

Que este servicio sin igual merezca

Alcanzar mi perdón de aquel cautivo

Que tanto tiempo entre sus hierros pena.

MATILDE. ¿Qué cautivo? ¿Qué habláis? Yo no os entiendo.

ATAIDE. ¡Ay señora! Escuchad. Desde su tierna

Infancia siempre he acompañado a Enrique,

Y de todos sus gustos y sus penas

Depositario y confidente sólo

He sido por gran tiempo. Él en la negra

Envidia que abrigó contra su hermano

Bebió el veneno que su pecho encierra.

El cielo en el nacer le hizo segundo;

Y la segura y alta preferencia

Que por su gran carácter Eduardo

Logró siempre en la paz, siempre en la guerra,

Para el perverso y envidioso Enrique

Perenne fuente de tormentos era.

Rivales en amor, ambos ardieron

Por Teodora Moniz; su mano bella

Fue de Eduardo, y el furioso Enrique

Vio despreciada su pasión violenta.

En mengua tal sacrificar su hermano

A en venganza despechado piensa,

Y que después la miserable viuda

La mano entregue al opresor por fuerza.

Yo fui iniciado en el fatal secreto:

El halago, el obsequio, las promesas,

Las amenazas... ¡Dios! ¿Qué no hizo Enrique

Porque ministro de sus iras fuera?...

Señora, él me sedujo.

MATILDE. ¡Desdichado!

ATAIDE. No he sido el sólo yo. Cuando de Ceuta

La venturosa expedición lograda,

En paz al fin se reposó la tierra,

El del África trajo esos dos negros,

Cuya intrépida y bárbara obediencia

Al odioso tropel de sus delitos

Pudo allanar la abominable senda.

Ellos y yo, señora, le seguimos

A este mismo castillo, en que la escena

Desventurada fue, donde de alcaide

Me dio la autoridad por recompensa.

Mis manos del estrago se abstuvieron:

El mismo Enrique fue quien de su ciega,  
De su violenta cólera arrastrado,  
Bañó en la sangre fraternal su diestra.  
Iba el golpe a doblar, cuando Teodora,  
Volando de su esposo a la defensa,  
Lanzóse en medio, y del atroz cuchillo  
Al rigor implacable cayó muerta.  
MATILDE. ¡Qué horror!

ATAIDE. Enrique, al contemplar tendidos  
Sus dos hermanos, con el alma llena  
De improviso pavor, huyó a otra estancia;  
Y obedeciendo a su temor, ordena  
Que cuantos a Eduardo acompañaban  
Al punto allí sacrificados sean.  
Asán y Alí los degollaron todos.  
Violante misma, la inocente prenda  
Del amor de los tristes, ya cortado  
Miraba el hilo de su vida tierna  
Por la espada de Alí: yo la di vida.  
Señora, recordaos de la ligera  
Cicatriz que aún se mira en vuestro cuello,  
Y al fin vendréis a conocer por ella  
Quién debe el ser a la infeliz Teodora.

VIOLANTE. ¡Yo Violante! ¡Gran Dios!  
ATAIDE. A la heredera  
Del poderoso duque de Viseo  
Un fiel anciano en su mansión secreta  
Prestó seguro asilo; allí crecisteis,  
Allí una educación noble y modesta  
Adornó esa belleza sin segunda  
Con que os enriqueció naturaleza.  
Igual en todo a vuestra angosta madre,  
Vos la representabais en la tierra,  
Cuando vuestra desgracia a aquel retiro  
Condujo a Enrique, y permitió que os viera,  
Y al veros se inflamó.

VIOLANTE. ¡Monstruo inhumano!  
He aquí la causa del horror bien cierta  
Que de sólo mirarle yo sentía.  
Del negro fratricida a la presencia  
Toda la sangre en mi interior se helaba;  
Y era mi madre, que con voz secreta  
Me gritaba: «Aborrece a mi verdugo.»  
¡Qué no os debo yo, Ataide! Y vuestra lengua  
El perdón de su error de mí imploraba;  
¡Pluguiese al cielo que premiar pudiera!...

ATAIDE. Escuchadme hasta el fin: yo no merezco  
Sino piedad. De la cruel tragedia  
El último el teatro abandonaba,  
Cuando unos ayes desmayados llegan



A mis oídos, que en sus ecos tristes  
Mi ansioso pecho de dolor penetran.  
Vuelvo a atender y a oír: era Eduardo,  
Que en su palpitación aún daba muestras...  
VIOLANTE. ¡Ah bárbaro! ¿Y tu mano, sanguinario,  
Ahogó en su vida la postrer centella?  
ATAIDE. Ved que no soy culpable de su muerte.  
VIOLANTE. ¿Vive mi padre?  
ATAIDE. Vive, si existencia  
Puede llamarse tan funesta vida,  
Entre la noche y el dolor envuelta.  
Cuando volvió en sí el triste, ya amarrado  
Halló su cuerpo a la fatal cadena  
Con que oprimido por tan largo tiempo  
De su perdida libertad se queja.  
Diez años ha que al mísero Eduardo  
De voz humana ni aún los ecos llegan.  
VIOLANTE. ¡Eterno Dios! ¡Oh crímenes! ¡Oh día,  
Día de revelación! Y en mis querellas  
Yo mi infortunio denunciaba al cielo,  
Cuando mi padre... Ataide, ¡qué fiereza  
En tu insensible corazón escondes!  
ATAIDE. Yo obedeciendo mi piedad primera,  
Le di la vida, y a ocultarlo luego  
Me persuadió el temor. ¿Cómo pudiera,  
Sin resolverme a exterminar a Enrique,  
Sacarle ya de su prisión funesta?  
A veces esperé (¡cuán vano engaño!)  
Que a una dichosa paz abrir la puerta  
Pudiese el roedor remordimiento  
Que desde entonces al tirano aqueja.  
Tal vez el punto de vencerle he visto;  
Pero los celos, el rencor, la afrenta,  
La misma enormidad de sus maldades  
En él ahogaban las endebles quejas  
Del arrepentimiento. Así mi alma,  
De incertidumbre y confusiones llena,  
Ni fiel a Enrique ni a Eduardo ha sido  
Entre el temor y la piedad suspensa.  
Tal, señora, es mi crimen; yo no anhele  
A disculparle; más la vida vuestra,  
Más la de vuestro padre, al fin merecen  
Que concedido mi perdón me sea.  
¿Lo será? Responded.  
VIOLANTE. Tú has sido, Ataide,  
Bien culpable y cruel; pero haz que vuelva  
De triste padre a mis amantes brazos;  
Que vuelva libre, y perdonado quedas.  
Llévame donde está: cada momento  
Que sufra más en su fortuna adversa

Redobla mi aflicción. Vamos.

ATAIDE. ¡Qué miro!

Aquí los negros bárbaros se acercan;  
Ellos son más temibles que el tirano,  
Y si juntos nos ven, todo se arriesga. (Vase.)

VIOLANTE. ¿Qué decretáis, en fin, de esta infelice,  
Omnipotentes cielos? Ayer era  
Matilde, hoy soy Violante. ¡Ah! ¿cuándo, cuándo  
Será que tanta confusión fenezca?

Escena IV.

ALÍ, ASÁN.

ALÍ. Mírala, Asán, huir de nuestra vista:  
Los esclavos humildes la amedrentan  
Y la ahuyentan de sí. ¡Bien desdichada  
Es por cierto su suerte!

ASÁN. Que padezca.

¿No ha nacido de blancos y en Europa?  
Flor engañosa de venenos llena,  
Amor ahora y compasión inspira  
Con su tierna hermosura y su inocencia;  
Mas aguarda, y verásla abrir su seno  
Bien pronto a la perfidia, a la soberbia:  
Frutos de esta región abominable,  
Que todo lo corrompe. Que padezca,  
Que la atormente Enrique; yo gustoso  
Me prestaré a su cólera.

ALÍ. Tú esperas

Que agradecido en libertad te ponga,  
Y así le sirves.

ASÁN. Busca en las tinieblas

La claridad, abrigo en las heladas,  
Y la seguridad en las tormentas,  
Antes que gratitud de un europeo.

ALÍ. Si eso es verdad, Asán, ¿por qué te empeñas

Del Duque en merecer la confianza?

Tu boca siempre bárbara y funesta

Su natural ferocidad inflama,

Y si él piensa un estrago, a otro le lleva.

En él ¿qué puedes apreciar?

ASÁN. Sus vicios:

Ellos son los que amable le presentan

A mi sañudo espíritu; por ellos

Mi vengativo corazón recrea.

Su furor, su crueldad son el azote

De cuantos blancos por su mal le cercan;

Y yo me gozo en las terribles plagas

De que su atroz iniquidad se ceba.

Los blancos de mi patria me arrancaron,

Ellos a mi valor dieron cadenas,

Y del respeto en vez que allá gozaba,

Aquí soy un objeto de vergüenza.  
¿Cuál es el blanco que buscó de un negro  
Jamás de la amistad la unión estrecha?  
¿Y qué mujer no escucha horrorizada  
De su infeliz amor las tristes pruebas?  
Patria, esposa, familia, amores, todo,  
Todo lo tuve... ¡Oh Dios! Una hora adversa  
De todo me privó. No, no es posible  
Que aquel instante a mi memoria venga,  
Sin que toda esta raza de hombres duros  
Con odio interminable yo aborrezca,  
Ni me es posible contemplar mis males  
Sin que los suyos mis delicias sean.  
¿Piensas que yo amo a Enrique? ¡Oh cuál te engañas!  
Amo en él esa bárbara fiereza,  
Verdugo de sí mismo y de los otros,  
Que llena mi venganza toda entera  
Amo el devorador remordimiento  
Que le destroza cuando ansioso piensa  
En el abismo de tormentos fieros  
Con que la horrenda eternidad le espera.  
Ser el ministro yo de tantos males,  
¿Con quién, sino con él, lograr pudiera?  
Con quién, sino con él, de tantos blancos  
El despecho gozar y amargas quejas?  
ALÍ. Pero entre tanto víctimas nosotros  
Somos también: yo, Asán, de esta caverna  
Pienso escapar; mi corazón no puede  
Tanta infamia sufrir.  
ASÁN. Yo mientras pueda  
Con Enrique hacer mal, seré de Enrique;  
Mas si él se abate o si los cielos cesan  
De sufrirle... ya entonces...  
ENRIQUE. (Dentro.) Socorredme.  
ATAIDE. (Dentro.) Aquí estoy yo, señor.  
Escena V.  
ENRIQUE, sostenido por ATAIDE. - Dichos.  
ENRIQUE. Ellos me aquejan;  
¿No los veis? ¡Qué rigor! Yo a defenderme  
No basto ya.  
ALÍ. ¿Qué es esto? ¡cómo tiembla!  
¿Cuál los ojos revuelve y se estremece!  
ATAIDE. Hablad, señor, hablad.  
ENRIQUE. ¿Qué voz es esta?  
¡Ataide! ¡Asán! ¡Alí! ¿Con que no ha sido,  
Más que una sombra en mi engañada idea,  
Un sueño? ¿Mis oídos no escucharon  
Las pavorosas voces que aún resuenan  
Acá en mi mente? Ataide, el más terrible  
Suplicio un lecho de deleites fuera





Que de ella al fin te apiadarás tú mismo.  
ATAIDE. Calmaos, señor; el cielo inexorable  
No rechaza al mortal que arrepentido,  
Detestando sus crímenes, se vuelve  
De la virtud al generoso abrigo.  
Si aquesos sentimientos rencorosos  
Que en vuestro corazón siempre han vivido  
Sacudís de una vez, quizá escuchados  
Serán de la piedad vuestros gemidos.  
ENRIQUE. ¿Si me arrepiento? ¡Oh Dios! He aquí mi sangre;  
Viértela si con este sacrificio  
Me consigues la paz que tanto anhelo.  
ATAIDE. Vos la obtendréis en fin.  
ENRIQUE. ¿Cómo?  
ATAIDE. Si vivo  
Fuese Eduardo y perdonar quisiese...  
ENRIQUE. ¡Eduardo vivir! ¿Qué es lo que has dicho,  
Ataide?  
ATAIDE. La verdad.  
ENRIQUE. ¡Gracias al cielo  
Que de tal peso aligerar me miro!  
Viva Eduardo, Ataide; que su muerte  
No se escriba en el libro del destino,  
Y a mi condenación también no sirva.  
Mas ¿quién le dio la vida, si yo mismo  
El acero cruel clavé en su pecho,  
Y en su caliente sangre fui teñido?  
ATAIDE. No fue mortal la herida, y yo salvarle  
Diligente logré; pero escondido  
Debajo de la tierra, encadenado,  
Y ensordeciendo el aire con suspiros,  
Su mísera existencia ablandarla  
Las fieras sierpes e insensibles riscos.  
Ceda ya a tanta lástima la envidia;  
Dios por mi mano quiere conducirnos  
A la virtud.  
ENRIQUE. Que él viva y me perdone  
Que ore al cielo por mí; del pecho mío  
Salga esta agitación, aquestas sombras  
Que aún ofuscan y aterran mis sentidos.  
Puras como él, y nobles, sus plegarias  
Acogida tendrán: yo no me animo  
A rogar; fuera en vano: de mi labio  
¿Qué ruegos ¡ay! saldrán que sean oídos?  
Mas dime ¿tú lo esperas? ¿Perdonarme  
Podrá al fin Eduardo?  
ATAIDE. Yo confío  
En que mañana el venturoso día  
Será de paz y de perdón. Tranquilo  
Vos entre tanto, preparad el pecho



ENRIQUE.       ¿Qué debo hacer?  
ASÁN.                               En tal conflicto  
Mengua es dudar: busquemos a Eduardo...  
ENRIQUE.¿Cómo, si ignoro el misterioso asilo  
Donde respira? Asán, este secreto  
De Ataide solamente es conocido.  
ASÁN.Pues bien, señor, el crimen siga al crimen,  
Y la sangre a la sangre: otro camino  
No tenéis de salud. Que Ataide preso,  
A vista del tormento y los suplicios  
Su secreto fatal haga patente.  
Vos, dueño de Eduardo, a vuestro arbitrio  
Dispondréis de su vida; que Matilde,  
Aún antes de que Oren venga en su auxilio,  
Sufra su suerte rigurosa y dura.  
ENRIQUE.¿Y cuál es?  
ASÁN.                               ¿No nació en vuestros dominios?  
ENRIQUE.Sí. Asán.  
ASÁN.                               ¿De vida y muerte ahora sobre ella  
No es vuestro el gran poder?  
ENRIQUE.                               Sin duda es mío.  
ASÁN.¿Quién osará contrarestarle?  
ENRIQUE.                               Nadie.  
ASÁN.Pues antes que dé el sol su nuevo giro  
Arrastradla al altar.  
ENRIQUE.                               ¿Y si resiste?  
ASÁN.Si resiste, que muera.  
ENRIQUE.                               ¿Y yo asesino  
Dos veces he de ser de lo que adoro?  
ASÁN.¿Y sufriréis dos veces que el destino,  
A despecho de vos, a vuestros ojos  
Se la entregue a un rival favorecido?  
¿No vale más vengarse, y presentarle  
De su adorada amante el cuerpo frío,  
Y escarneciendo su dolor, decirle:  
«Ni tú ni yo?»  
ENRIQUE.                               Sí, Asán: consejo es digno  
De mí, de ti; mi corazón le aprueba;  
De todo su furor sé tú el ministro.  
Anda, sorprende a Ataide; yo entre tanto  
A Matilde veré. Cielos divinos,  
¿Por qué de amor el frenesí me arrastra  
Por tan desesperados precipicios?  
Vuelve en Matilde a respirar Teodora,  
Y vuelvo a ser un monstruo... ¿En mis delitos  
Reposo pues no habrá?... Mas así sea,  
Puesto que así lo decretó el destino.  
(Vanse cada uno por diferente lado.)



Acto tercero.

La escena representa un subterráneo oscuro compuesto de varios ramales de bóvedas. Un banco de piedra cubierto de Pajas sirve de lecho a Eduardo: junto al banco habrá un poste de donde estarán colgadas las cadenas que le han sujetado. Se supone que Eduardo acaba de despertar.

Escena I

EDUARDO. ¿Cuándo será que mis amargos males  
Termine de una vez piadoso el sueño,  
Y a nunca despertar yo me adormezca,  
En sus dulces imágenes envuelto?  
¡Dulces, pero engañosas! ¿Qué me sirva  
Que venga a regalar por un momento  
Mis tristes penas, y a mi mente ilusa  
Libertad y venturas ofreciendo,  
Me parezca abrazar mi hija y mi esposa,  
Si al fin después en mi prisión me encuentro,  
Donde de luz y libertad las voces  
Ni aún pronunciar en esperanza puedo?  
Mis cadenas, gastadas por los años,  
Rotas al cabo, a su impresión cedieron;  
Sólo el destino atroz que me persigue  
Ni desmentirse ni ceder le sienta...  
Más de una vez las lágrimas del triste  
Por estas manos enjugar se vieron,  
Más de una vez de sus fatales grillos  
Me vio el cautivo aligerar el peso.  
¡Oh justo Dios! ¿Y tu bondad consiente  
La dura esclavitud en que me veo?  
(Se oye el ruido de la barra que asegura la puerta.)  
Mas ruido se oye, y el instante llega  
De que venga mi duro carcelero  
El sustento a traer con que la vida  
Se prolonga, y prolonga mis tormentos.  
¡Qué extraña novedad! ¡Luz!

Escena II.

EDUARDO, VIOLANTE, ALÍ.

VIOLANTE. ¿Es aquesta

Caverna de terror el duro encierro  
En que el tirano sepultarme manda?

ALÍ. Ella es, señora.

VIOLANTE. ¡Inexorables cielos!

Diéraisme ver a mi angustiado padre  
Antes de despedir mi último aliento;  
Diéraisme el estrecharle entre mis brazos,  
Y bañando en mis lágrimas su seno,  
Exclamar y decirle: «¡Oh padre mío!



Adonde sin testigo, sin consuelo...

EDUARDO. Esto siquiera mientras yo respire

No os faltará, señora, en tanto extremo.

VIOLANTE. ¿Qué oigo? ¡Ay de mí! ¿Quién sois? En este sitio...

EDUARDO. Otro infeliz cual vos, blanco funesto

De la más espantosa alevosía

Que debajo del sol los siglos vieron.

Del cielo y de la tierra abandonado,

Y sepultado aquí por tanto tiempo,

Al fin de soledad tan congojosa

El primer ser humano en vos contemplo.

No sé si acaso a acrecentar mis males;

Pero entre tanto con placer me entrego

A aliviar vuestra amarga desventura,

Si a tanto alcanzan la piedad y el ruego.

En vuestra edad florece la inocencia,

Y amor inspira vuestro rostro bello

¿Quién puede ser tan duro que os persiga?

VIOLANTE. ¡A la maldita beldad, don que los cielos

Para mi perdición me dispensaron!

Señor, es mi destino tan adverso,

Que un momento seguro de fortuna

En mi carrera señalar no puedo.

Crecí sin conocer mis dulces padres;

Cuando sé quiénes son vengo a perderlos

Mi madre indignamente asesinada

En otro tiempo fue, mi padre preso

Devora su desgracia, y yo inocente

Víctima gimo del furor violento

De un tirano que el cielo por castigo

Lanzó a este clima: Enrique de Viseo...

EDUARDO. ¡Enrique! ¿Y vive aún? ¿Y no se cansa

De verle el sol, de sustentarle el suelo?

¡Ah! Si vuestro infortunio es obra suya,

Pereced, desdichada; Do hay remedio.

La estrella que a ese bárbaro os entrega

Se goza en afligiros y en perderos.

¡Enrique! ¡Ah monstruo!

VIOLANTE. ¡Por piedad! Las ansías

Calmad de mis sentidos; ya en mi pecho

El corazón se agita palpitando,

Entre la duda y la esperanza incierto

Decid, decid quién sois.

EDUARDO. Soy Eduardo,

Hermano de ese vil.

VIOLANTE. ¡Mi padre! ¡Oh cielos!

EDUARDO. ¿Qué dices?

VIOLANTE. No dudéis: los ojos míos

La dulce prueba de que el ser os debo

Os dan en estas lágrimas que os bañan.

Y que de gozo y de ternura vierto.  
La mano a un tiempo cruda y piadosa  
Que nos salvó de los puñales fieros  
Nos reservó a este encuentro inesperado  
Para acaso otra vez en él perdersos.  
Reconocedme: ved en mí la sangre  
De vuestra sangre, ved cómo los cielos,  
De la desventurada esposa vuestra  
En mí la viva semejanza han hecho.  
EDUARDO. Sí, ciertamente es ella. ¡Oh semejanza!  
Ni la inefable agitación que siento,  
Ni el placer que me inunda en su dulzura,  
Ni las caras facciones que en ti veo  
Me permiten dudar; ven, hija mía  
Ven, y reposa en el paterno seno.  
VIOLANTE. ¡Oh inefable placer!  
EDUARDO. Dios de clemencia,  
Tú, que me diste un corazón de acero,  
Bastante a resistir las tristes plagas  
Que sobre mí tan sin piedad cayeron,  
Dame también un corazón que pueda  
Sufrir la inmensidad de este contento.  
¡Hija mía!  
VIOLANTE. ¡En qué estado miserable,  
En qué penosa situación te encuentro,  
Señor! Aquí sumido, respirando  
De este ambiente el mortífero veneno,  
¿Cómo en tal soledad y desamparo  
Pudisteis resistir?  
EDUARDO. El que en su pecho  
De la inocencia el sentimiento abriga  
No se rinde, hija mía, al desaliento.  
Vino el azote a sepultarme en vida  
Y una nueva virtud sentí aquí dentro,  
Una fuerza que, igual a mis destinos,  
Bastaba sola a contrastar con ellos.  
Crecía el mal, y mi valor crecía  
A par que su violencia. ¡Ah! Si los cielos  
Quisieron esta lucha formidable,  
Los cielos de Eduardo están contentos.  
VIOLANTE. De admiración, señor, y de ternura  
Me hacéis estremecer.  
EDUARDO. Tal vez en sueños  
La bella imagen de tu madre amada  
Y la tuya también con dulce afecto  
Consolaban mi afán. ¡Oh Dios piadoso!  
¡Y tras tanta ilusión, tras tanto tiempo,  
Mi adorada Violante al fin me envías!  
Abrázame otra vez: este consuelo  
No nos le robarán.

VIOLANTE. ¡Oh padre mío!  
(Óyese ruido como de gente que baja al subterráneo...)  
¿Qué siento? ¿Qué rumor!.. El riesgo inmenso  
En que estáis se acrecienta; a devorarnos  
Se precipita el tigre

EDUARDO. No tu esfuerzo  
Desmaye así, hija mía: nuestra suerte  
Está en manos de Dios en estos senos,  
Que tan oscuros son como ignorados,  
Algún arbitrio a nuestro bien busquemos  
Y si el hado le niega...

VIOLANTE. Sí, muramos;  
Pero juntos ¡oh padre! moriremos.  
(Abraza a EDUARDO, y sosteniéndole, salen de la escena.)  
Escena IV.

ENRIQUE, ASÁN Y GUARDIAS.  
ENRIQUE. Ya penetré: las puertas de este albergue  
Con voces de terror me rechazaban,  
Y al entrar en su lóbrego recinto,  
Mi ansioso corazón tiembla y se espanta.  
Pero es más fuerte mi rencor: sigamos.  
Asán, él no está aquí. ¿Si nos engaña  
También Ataide ahora? Su vil pecho  
Enflaqueció a la vista, a la amenaza  
Del suplicio, y sus labios declararon  
Que aquí preso Eduardo respiraba:  
Mas yo no le descubro

ASÁN. Pues no hay duda;  
Los hierros aquí ved que le amarraban,  
Ved su lecho de pajas.

ENRIQUE. ¡Ah! Y en ellas  
Sobre él el sueño tenderá sus alas  
Con más dulzura que los miembros míos  
Le hallaron nunca entre las plumas blandas.  
Pero ¿en qué os detenéis? Sin perder tiempo  
Entrad por esas bóvedas; que salgan  
Los fugitivos a mi vista al punto;  
¿Me entendéis? Mi poder, mi vida y fama,  
Todo peligra, todo, si Eduardo  
De mi justo furor ahora se salva.

ESCENA V.

ENRIQUE. Quiero andar y no puedo. ¡Ah! ¿Quién tan débil  
Hace mi corazón? ¿Quién de mis plantas  
La fuerza apoca? Es el fatal delito  
Sin duda el que me sigue y acobarda.  
¿No tuve aliento un tiempo? ¿Por qué ahora  
Para acabarle de cumplir me falta?  
Estas piedras, heridas tantas veces  
Con sus gemidos, que aún por ellas vagan,  
A mi atronado y espantado oído

Con acentos de horror parece que hablan.  
¡Oh vil abatimiento! ¡Oh cómo tiemblo!  
De mi ultrajado hermano las miradas  
¡Cuál caerán sobre mí! ¡Cómo su pecho  
Al ver a su opresor va a arder en saña!  
Y yo, trémulo ante él, con voz incierta  
La sentencia fatal que le amenaza  
Pronunciaré sin que Eduardo tiemble!  
Él será el juez, yo el reo, y la alta palma  
De triunfar sobre mí siempre los cielos  
En vida y muerte le darán. ¡Oh rabia!

Escena VI.

ASÁN. - ENRIQUE.

ASÁN. Señor, en esas bóvedas oscuras  
Perdidos, y perdida la esperanza  
De poderlos hallar, ya hacia este sitio  
Pensábamos volver, cuando bien claras  
Unas palabras de repente oímos,  
Con llanto interrumpidas y plegarias:  
«Huye, hija mía, huye, yo lo ruego,  
Yo te lo mando: tu ligera planta  
Podrá escapar tal vez al gran peligro  
Que en su ciego furor a ambos amaga.  
Yo no puedo seguirte, y si tardamos  
Moriremos los dos.» Ella lloraba;  
Mas ella huyó y obedeció el mandato.  
Corrimos: Eduardo se adelanta  
A recibirnos, y con frente altiva  
Donde la majestad se ve pintada,  
«Aquí tenéis a quien buscáis, nos dijo  
Llevadme al punto adonde Enrique manda.»  
Los guardias le cercaron y le traen  
Yo os lo vengo a anunciar.

ENRIQUE. Por piedad, anda,  
Vuela, si es tiempo aún, y antes que venga  
A confundirme su presencia infausta...

Escena VII.

EDUARDO, en medio de los GUARDIAS. - DICHOS.

EDUARDO. ¡Oh justo Dios! Conduélete de un padre,  
Tiende de tu poder las grandes alas  
Sobre aquella infeliz.

ENRIQUE. Ya está presente.

¡Ah! ¡Que la tierra ante mis pies no se abra!

EDUARDO. Héme, Enrique, a tu vista conducido  
Como un vil criminal: los ojos alza,  
Y contemplando los inmensos males  
Que amontonaste sobre mí, tu alma  
Digna de su intención goce un deleite,  
Pues tales son, que a tu crueldad se igualan.  
¿Qué más quieres? La víctima que hundida

Para siempre en la tumba imaginabas,  
Resucita a segundo sacrificio  
Y a doblarte el placer de degollarla.  
¡Privilegio infernal dado a ti solo!...  
Gózale pues: la atrocidad pasada  
Renueva, y en la sangre de tu hermano  
Baña otra vez tu mano ensangrentada.  
Termina, en fin, mi deplorable suerte.  
¿Qué esperas?

ENRIQUE.                    Temerario, ¿así mi saña  
Osarás despreciar?

EDUARDO.                    Yo la provoco.  
La muerte misma, con que atroz me amagas  
De ti me va a librar; ella me lleva  
Ante el trono de Dios, que ya me aguarda,  
A darme el galardón dulce y eterno  
De tanto afán y de opresión tan larga.  
Tú en tanto el vaso a su venganza apura;  
Su sentencia en tu frente está pintada,  
El terror en tus ojos, y el infierno  
Ya arde en tu pecho.

ENRIQUE.                    Tu insolente audacia  
Ocupa en insultarme los momentos  
En que fuera mejor que te humillaras.  
Quizá Enrique triunfante y poderoso  
Viniera en conceder a tus plegarias  
Un perdón que rechazan tus injurias.

EDUARDO. ¿Perdón tú a mí, vil parricida? ¿A tanta  
Ignominia Eduardo descendiera,  
Que vida a costa de su honor comprara?  
Mi honor siempre fue puro, y a la tumba  
También conmigo bajará sin mancha.  
Tú vive; del cruel remordimiento  
Las sierpes roedoras te deshagan,  
Entre tanto que el rayo en estallidos  
El cielo, en fin, a castigarte lanza.  
Acaba: yo ni espero ni te imploro.

ENRIQUE. Dices bien: no te resta otra esperanza  
Ya que la de morir: eterno objeto  
Para mí de rencor, de envidia y rabia,  
¿Qué otro don que la muerte y exterminio  
De mi terrible corazón buscaras?  
Muere, Eduardo; a mi pesar aún vives.  
El vil traidor que te ocultó a mi saña  
No te libraré ya; sólo el sepulcro  
Alzar podrá la insuperable valla  
Que entre nuestras discordias haber debe.

Muere pues, yo lo mando.

EDUARDO.                    Así en ti haya  
Igual valor a contemplar mi muerte,

Como yo tengo en recibirla.

ENRIQUE. Basta.

Soldados, arrastradle, y que al instante

En medio de esas fúnebres moradas

Lejos de mí fenezca: yo no quiero

Verle espirar.

Escena VIII.

VIOLANTE. - DICHOS.

VIOLANTE. Ministros de venganza,

Deteneos: sabed que él es mi padre,

Ved que es vuestro señor.

EDUARDO. ¡Oh desdichada!

¿Así te obstinas en morir conmigo?

VIOLANTE. ¿Tú, Enrique, aún quieres más? Mira a tus plantas

La hija de Eduardo y de Teodora.

¿No bastan, dime, a tu rencor, no bastan

Tantos años de angustia, esta miseria,

Sin que un segundo parricidio vayas

A cometer? Tu estado no pelagra:

Si la riqueza y el poder te agradan,

Manda en Viseo, y que Eduardo oscuro

Vi ya conmigo en un rincón de España.

¿No me escuchas, cruel? ¡Ah! Si aún tu enojo

En sed de sangre y de dolor se abrasa,

Aquí tienes mi cuello, aquí mi vida,

Y tu ardiente inclemencia en ella sacia.

ENRIQUE.(A los guardias.) Aguardad. (Ap. ¡Que no puedan mis furores

Resistir la impresión de sus palabras!)

Oye, Eduardo: el único camino

De ser nuestras discordias acabadas

En tu arbitrio está ya.

EDUARDO. ¿Cuál es?

ENRIQUE. Que al punto

Violante me consagre ante las aras

La ternura y la fe que indignamente

El venturoso Oren tiene usurpadas.

Vive, mas a este precio.

VIOLANTE. ¿Qué contento,

Bárbaro, dime, en violentar un alma

Has de hallar? Una víctima infelice

¿Qué amores puede darte, o qué esperanzas?

Eterno albergue de dolor sería

Su triste pecho, y sin cesar clamara

Por tu muerte...

ENRIQUE. Si vive, es a este precio.

EDUARDO. ¡Qué frenesí tan ciego te arrebató!

¡Violante tuya! ¡Su inocente mano

Enlazada a esa mano sanguinaria!

¿Y lo esperas, tirano? Y yo pudiera

A mis tormentos añadir la infamia,



Y el incesto al horror? ¡Oh tú, hija mía!

VIOLANTE. ¡Señor!

EDUARDO. Ven, y en mis brazos estrechada,  
Jura un odio sin fin a ese tirano.

VIOLANTE. Yo, señor, se lo juro, aunque se caigan  
Los cielos con furor sobre nosotros.

ENRIQUE. Soldados, de sus brazos arrancadla.

VIOLANTE. ¡Oh! no podrán.

Escena IX.

ALÍ. - DICHOS.

ALÍ. Señor, poneos en salvo:

Ya con su gente Oren tiene forzadas  
Las murallas y puertas del castillo.

Ataide, que está libre, en voces altas  
Clamando que Eduardo aquí respira,  
Ganó por fin a sus feroces guardias.

Ellos el nombre de Eduardo oyendo,  
Sin defenderla, la anchurosa entrada  
A Oren abrieron, y a su gente unidos,  
Todos hacia estas bóvedas se lanzan.

VIOLANTE. ¡Oh cielos! socorrednos.

ENRIQUE. ¿Si el eterno

Mandaré ya pesar en su balanza

La irrevocable suerte que me espera?

Si estará mi sentencia pronunciada?...

¡Oh! amigos, sedme fieles, y la nube

Podremos conjurar que nos amaga.

Cercad esas dos víctimas; su vida,

Más que su perdición, ahora nos valga.

Tú, Asán, pronto a mi voz, clava en su seno

Sin detenerte la homicida espada.

Todos así pereceremos. (A Eduardo.)

Escena X.

OREN, ATAIDE, SOLDADOS - DICHOS.

OREN. ¿Dónde

Ni quién podrá esconderte a la venganza

Que mi encendida cólera fulmina

Ya sobre ti, vil asesino?

ENRIQUE. Calla,

Detente, mira; si a mover te atreves

Un paso más la temeraria planta,

Mueren los dos.

ATAIDE. Señor, ya la violencia

Es aquí por demás, pues que su rabia

Ha encontrado el camino a defenderse

Con el riesgo de vidas tan sagradas.

Deteneos... Y vos, a quien mis ojos (A EDUARDO.)

No osan volver sus tímidas miradas,

Vos, que años tantos de prisión tan dura

Debéis, señor, a mi inclemencia ingrata,

Dignaos de que en un trance tan terrible  
Yo a vuestra salvación la senda os abra  
Una sola palabra en vuestro nombre  
Permitidme que dé, y está embotada  
La cuchilla cruel con que ese monstruo  
Vuestra preciosa vida ahora amenaza.

¿Puedo darla, señor?

EDUARDO. Yo la permito,  
Pero digna de mí, libre de infamia.

ATAIDE. Sí lo será: yo en nombre de Eduardo  
Prometo a Asán su libertad, su patria,  
Si las preciosas vidas que ahora ofende,  
Con generoso aliento las ampara.  
Elija Asán entre quedar tendido  
En esta triste y desigual batalla  
Con el verdugo bárbaro a quien sirve,  
O ir a buscar en su nativa playa  
La dulce esposa, los amados hijos,  
Y en sus abrazos recrear su alma.

¿Lo escuchaste, africano?

ASÁN. Ya he elegido.

¡Salir de esclavitud, ver a mi patria,  
Mis amores gozar! -Tú eres un blanco,  
(A EDUARDO.)

¿Puede un negro fiar en tu palabra?

EDUARDO. A nadie faltó nunca.

ENRIQUE. Asán, no escuches  
Su cobarde promesa: esas ventajas  
Y aún más te ofrezco yo.

ASÁN. Tú siempre has sido

Un infame, un traidor; ¿qué confianza  
Puede en ti haber? Ninguna. Sed pues libres.

(Diciendo esto coge a EDUARDO y VIOLANTE, y les entrega a OREN.)

ENRIQUE;Pese a mi horrible suerte!

ASÁN. Ya acabadas

Están tu usurpación y tiranía:  
Húndete en el infierno, que te aguarda,  
Y deja libre respirar la tierra.

OREN. (Cogiendo una espada de manos de un soldado, y presentándola a

ENRIQUE.)

Y yo ¿a qué espero ya? Toma esa espada;

Defiéndete.

EDUARDO. Aguardad: ingrato Enrique,

Cuando más fiera tu execrable saña

Irritaba tu brazo, y tu cuchillo

Sobre Violante y sobre mí brillaba,

No quise recordarte mis favores

Ni abatirme al dolor y a las plegarias;

Mas ya en aqueste instante en que te veo

Agonizando entre tu misma rabia,

Y que con ciega confusión revuelves  
La muerte la prisión las tristes ansias,  
El insufrible afán que en mí cargaste,  
Yo no puedo olvidar que en las entrañas  
Donde recibí el ser, el ser tuviste;  
Yo no puedo olvidar que en nuestra infancia  
Tierno amigo me fuiste, y que conmigo  
Por los senderos del honor entrabas.  
Escucha: tras tus crímenes no hay medio  
De darte la amistad, la confianza  
De un hermano; mas vive: el pecho mío  
Se niega estremecido a tal venganza.  
OREN. ¡Cómo! ¿Y ofensas tantas sin castigo  
Quedarán?

VIOLANTE.            Sí, que viva, y que su alma,  
Si es capaz de virtudes, en vosotros  
A adorarlas aprenda.

ENRIQUE.            Esto faltaba,  
Este oprobio cruel que me confunde  
Y mi encendido pecho despedaza.  
¿Yo deberte la vida? No, Eduardo,  
No me la des... Si acaso la aceptara,  
Llegara tiempo en que beber tu sangre  
A saciar mi furor aún no bastara.  
¿No te lo dije ya? La tumba sola  
Puede a nuestras discordias ser muralla.  
¡Vida de ti!... ni aún muerte.

(Arranca de repente el puñal que tiene Alí, se hiere, y cae en sus brazos.)

VIOLANTE.            ¡Desdichado!  
Su rencorosa condición le acaba.

ENRIQUE. (Con voz desfallecida.) Alí, tú solo aquí no me has vendido;

Tal vez mi suerte compasión te causa:  
Sácame tú de aquí, llévame adonde  
Sin que le pueda ver rinda yo el alma.  
(Muere.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

